

EL FUNDO DE DON FRANCISCO JAVIER.
CUENTO CHILENO
AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ.

Hacia solamente algunos días que había sido de baja en el ejército cuando el pobre Jesús volvió al lado de la muchacha de quien se había enamorado hacía algunos meses.

Cobijado en el hogar de la madre de su novia, una señora viuda a cargo de sus cinco hijos, soportaba la miseria en la que la había dejado su marido fallecido algunos años. Sin poder evitarlo, Jesús se acopló como un miembro más de esa pobre familia campesina, compartiendo por lo tanto todos los rigores de las necesidades económicas del grupo familiar. Careciendo en absoluto de recursos y ante la imposibilidad de encontrar a la brevedad algún empleo el recién llegado no tuvo otra alternativa que acudir a las más variadas formas para cooperar al sostén de la casa, desechando los prejuicios y también su orgullo al verse mezclado en esta búsqueda de la alimentación básica familiar con verdaderos personajes de la peonada folclórica chilena.

Pareciera que los hombres desamparados, los hombres pobres pierden la dignidad con mucha facilidad. Las necesidades de subsistencia, básicas, de estómago, los obligan con muchísima frecuencia a inclinar la cabeza, a aceptar vergüenzas y humillaciones casi con normalidad. Jesús analizaba su nuevo escenario. Reflexionaba ahora sobre su dignidad, aquel valor que con tanto celo a resguardado y defendido. Y era el momento de revisar su vida, pues se encontraba de nuevo en una gran encrucijada. Se preguntaba si a lo mejor él ya se estaba introduciendo en el camino de la pérdida de este preciado bien que tiene el ser humano. Jesús pensaba .Todo el mundo tiene dignidad y hay grados y diferencias entre unas o otras.

Sirviéndose su merienda, sentado a la sombra de un gran árbol, olfateando la fragancia del campo y escuchando los trinares de las avecillas, Jesús reflexionaba, como era su hábito tan especial, mientras sus mandíbulas trituraban el alimento. De pronto se asomó a su mente la imagen de un adinerado señor que demandó judicialmente a otro de igual poder y fortuna porque lo trató de "idiota" y lo desafió públicamente a batirse en cualquier terreno, a semejanza de los tiempos antiguos, cuando los nobles se batían a muerte por lavar una afrenta considerada indigna y humillante, por muy insignificante que ésta fuera. Otros, en estos tiempos, con el dinero suficiente y el cual otorga honor y honra, contratan

estudios jurídicos renombrados y caros para querellarse contra quien los ha tratado sin el respeto que, según ellos, merecen y concordante con la extremada sensibilidad de estos señores para custodiar su nombre y reputación social. Discurría Jesús, confuso ante tal complejo problema que estaba analizando, que pareciera que para cierto tipo de personas la honra, el honor, la dignidad, el orgullo y otros valores parecidos fuera potestad solamente de la clase adinerada, como en las novelas y que los pobres carecen de ella, porque presumen que nacen desprovistos de estos valores. Ellos son tan sensibles como la aguja de un sismógrafo para detectar una ofensa que hiera la idea perfecta que tienen de su persona.

Frecuentemente, según cavilaba Jesús, esta postura sensitiva exagerada de los miembros poderosos ha provocado numerosos conflictos, guerras y matanzas a través del tiempo. Jesús un poco molesto ya por tratar de intelectualizar el asunto, dándose vueltas y vueltas entre los relativos y complejos conceptos valóricos difícilmente definidos y definibles, por lo cual se estaba complicando demasiado, trató de borrar de su cerebro esas elucubraciones y se dedicó a reposar su almuerzo gozando el sol, la deliciosa brisa con olor a flores del campo. El calor del mediodía veraniego, además de la soñolencia normal que le provoca la quietud y su colación campesina tipo picnic recientemente saboreada, lo estimularon a deleitarse con el placentero sopor que lo invadía y lentamente se sumió en una siesta casi vacacional, pero el porfiado inconsciente de Jesús siguió manejando el temita, mientras su rostro se tostaba lentamente con los rayos solares. A medio camino hacia el sueño, en la periferia de la realidad, Jesús se decía, porfiadamente..."Siempre se ha creído que solamente los que ostentan el gran poder, sus altos representantes y sus seguidores tienen el privilegio de poseer honor, honra y dignidad y que el pobre hombre de pueblo, el villano, la plebe, carece de él. Sin embargo, muchos de ellos se baten y se matan defendiéndola, ya sea su dignidad de guapos, de matones, etc. La variedad de dignidades es tan amplia como los grupos humanos existentes... De improviso, despierta sobresaltado para espantar un inmenso ratón campestre que rondaba cerca de su pierna. Repuesto del susto, miró la belleza del paisaje sureño. Suspirando y respirando profundamente con los brazos abiertos se justificó, pensando que por lo menos él tenía conciencia del asunto y estaba dispuesto a ponerle límite o frontera al gran valor que daba a su persona en lo que a honor, honestidad, decencia, nobleza, probidad, honradez, etc. concernía. Hay que ser modesto, terminó murmurando Jesús, como excusando se nueva situación, mientras contemplaba el sol que

lentamente se estaba mostrando a través de las nubes, haciendo brillar la parte metálica de la hoz con que cortaba las malezas de un rinconcito del inmenso fundo del acaudalado señor Francisco Javier de la Chacra.

Estaba sumido en estos pensamientos, cuando fue interrumpido bruscamente por el estruendo de la parada en seco de un brioso caballo que casi lo derriba al suelo. Era el portentoso y temido capataz del fundo, quien, con fusta en manos como arma de defensa y ataque, recorría el fundo azuzando a los peones con gritos, bravatas y amenazas de todo tipo, a terminar la tarea impuesta antes de la caída del sol.

Dirigiéndose al nuevo peón le advierte:

"Hace ratito que te estoy observando, huevoncito. Estay bien creí que esta hueá es para hacer picnic. Tení que desmalezar hasta allá, hasta donde se ve aquél árbol o si no, mañana no vengay a trabajar . ¿Entendiste?"

Ante tal impropiedad, Jesús asentó con la cabeza y se puso a trabajar. Esperó que se fuera, se sentó nuevamente y se sirvió un trozo de "galleta", nombre que se le ha dado a ese pan que desde la antigüedad se entrega a cada peón de campo a medio día, como parte del salario. Esta regalía, después de un largo, difícil, argumentado y polémico debate de los señores parlamentarios, con la oposición intransigente de la Sociedad Nacional de Agricultura, se había logrado aprobar aumentar el tamaño de la "galleta" de un kilo a un kilo y doscientos gramos..

Al día siguiente, Jesús ya se había servido con gran avidez su colación de medio día, consistente en pancutras que le había preparado su suegra y que le trajo en una pequeña ollita a su nuevo lugar de trabajo. Generalmente disfrutaba su obligado y cotidiano almuerzo artesanal y popular. De vez en cuando, se levantaba, de pié, abría los brazos y llenaba sus pulmones del aire limpio, puro y fragante del campo.

Jesús realmente estaba viviendo en un nuevo escenario. Ya no era la vida a la orilla del mar de Iquique ni el paraje arenoso y desolador del desierto, donde no crece nada y la gente se maravilla cuando descubre una matita de pasto, cuidándolo como si fuera un jardín. Esto que estaba mirando ahora era una maravilla. Todo era verde, cubierto de yerbas de todo tipo, frescas y olorosas.

Las papas, que estaban por doquier sobre la tierra, por ser chiquitas, eran desechadas por el patrón, porque, según decían, eran solamente rastrojos y las dejaban que se pudrieran. Era realmente increíble tal despilfarro. Con esas mismas papitas los italianos de Iquique podrían hacer un buen negocio. Jesús estaba extasiado mirando tanta bondad de la naturaleza del fundo.

Jesús ahora era casi dueño de casa y proveedor de la casa. Se había casado con Lucy y vivía junto a su suegra viuda y con cuatro hermanos pequeños de su mujer, quien en algunos meses más pariría el primer hijo del matrimonio del ex militar. El hogar familiar consistía en una antigua casa de adobe, muy deteriorada, casi en derrumbe, típica de trabajadores de fundo. La familia se había asentado en ese campo desde cuando el fallecido trabajador, padre de la joven, era inquilino del predio y se le había otorgado el derecho de habitar en las dependencias, según las costumbres de la época. Al morir el dueño de casa, el administrador del Fundo empezó insistentemente a pedir la dejación de la casa. Era una angustia latente que padecía esa familia por el pronto desalojo de que serían objeto.

Jesús para solucionar provisoriamente esta urgencia, aceptó reemplazar a su ahora suegro, que con la muerte de éste la familia no tuvo otra alternativa que acudir al trabajo esforzado de la mujer en labores domésticas y al ingreso anticipado al mundo laboral de la hija mayor.

Habían pasado tres meses desde que había llegado de Quillota y ya se había convertido casi en jefe de hogar. Tenía ahora una suegra, cuñados, niños todos; una linda cuñadita de ocho años y su mujer, próxima a dar a luz a su primer hijo.

Y ahí estaba en el fundo, trabajando dignamente, para el sustento de los suyos. Increíble.

Nuevamente Jesús estaba lidiando en su trabajo en un entorno de gente rústica, tosca, ignorante; con personas de faja, cuchilla y hojotas, la flor y nata del chileno de voz chillona, descendientes probablemente de los encomendados de tiempo coloniales, de los cruelmente azotados y sometidos, de aquellos que con el tiempo a fuerza de opresión, temor y castigo se tornaron sumisos, hipócritamente serviles y mansos con el patrón de huasca y yegua chúcara y, por el contrario, belicosos, crueles y abusadores, con sus iguales físicamente más débiles. Esta gente, generalmente inconsciente de su ínfima condición humana, sin embargo se creen superiores a los mapuches, siendo los más

fervientes racistas y segregadores de los araucanos que tienen el infortunio de trabajar junto a ellos. Jesús aprendía nuevas formas de sobrevivir, asimilaba y comparaba esta realidad con la contada por los historiadores y sociólogos sobre el roto chileno.

Jesús era muy cauteloso en hablar y opinar. Se limitaba a escuchar y observar, pues había probado cuán violenta es esta gente en su trato mutuo, aunque naturalmente hay excepciones.. Discuten y bravean por cualquier nimiedad, especialmente cuando han bebido algo de licor. Estas reacciones exageradas y desproporcionadas son difícilmente aprobadas por una persona ajena a este nivel cultural. Por eso que el capataz, esbirro escogido por el patrón por ser el más abrutado y servil, imponía el respeto y el orden a golpes de fustazos y a caballazos.

El trabajo de campo es realizado por cada trabajador en forma solitaria, lejos unos de otros. Algunos abriendo las compuertas de regadío a uno o dos kilómetros de distancia; otros, sembrando o arando fajas de terrenos distantes cinco o seis cuadras unas de otras; otros desmalezando una porción de campo, separados por varias cuadras unos de otros, etc., por lo que no son muchas las ocasiones en que se reúnen o conviven más cercanamente. Jesús hacía su trabajo cerca de tres compañeros que saludaba a lo lejos, levantando el brazo. Un día cualquiera, esos trabajadores a la hora de almuerzo, se acercaron al árbol donde Jesús, sentado bajo la sombra, se servía su almuerzo.

— " Qué tal, amistaita. ¿ Haciéndole a la cuchara?". Lo saludó el más fornido.

— " Reponiendo energía ah...". Saludó el segundo

— " ¡ Qué tal gancho!...". Saludó el último.

Jesús, respondió a todos con un:

— " Aquí, estamos, puh amigos... hincándole el diente".

Se sentaron, callados sobre el pasto. Jesús siguió comiendo, también en silencio y observando de reojo a esos tres peones que no tenían deseos de dialogar.

Uno era de apariencia típicamente mapuche, no era ni diaguita, ni picunche, ni huilliche ni pehuenche, sino que era mapuche, porque además llevaba colgado en su cuello una prenda sagrada de metal que es solamente usada por el pueblo araucano.

La diferencia entre uno y otro no es fácil de detectar, pero es necesario hacerla cuando se está tratando a menudo con este tipo de chilenos, de tal forma de evitar disgustos o malas interpretaciones en el hablar. El único de estos hombres nativos de este territorio llamado Chile que siguen llevando a cuestras su resentimiento hacia los chilenos y extranjero desde hace siglos son los mapuches, los que si son ofendidos cuando han bebido algo de alcohol se tornan peligrosamente violentos y la única forma de sosegarlos es acertarles un buen golpe, si es que se puede, para tratar de aturdirlos.

Los otros son mansos, pacíficos y domesticables, por eso que siempre fueron utilizados como tropas auxiliares por los españoles contra la centenaria guerra defensiva de su territorio mantenida por la nación araucana.

El otro era alto, fornido, nervudo, nariz aguileña, ojos pequeños, mirada escurridiza, el típico mestizo entre español, árabe e indígena. En la faja negruzca, hecha de saco harinero, que le daba varias vueltas en la cintura, asomaba el mango de un cuchillo.

Jesús pensaba que estaba frente al tipo de ser humano que pareciera que ha sido parido con ciertas condiciones especiales para ser destinado al trabajo duro y pesado, como los bueyes o los caballos percherones.

El tercero era bajo, moreno, nariz achatada, macizo, pero de apariencia más civilizada y tranquilizadora que su compañero. También fajado y con cuchillo al cinto.

Jesús, ciudadano urbano, pobre pero no abrutado, sin cuchillo y sin hojotas, con su apariencia y modo de hablar citadino, seguramente estaba siendo escudriñado por los tres extraños que se habían sentado junto a la sombra de su árbol.

El ser humano desde que nace trae consigo una cuota de inteligencia instintiva, animalizada la que le permite sobrevivir e imponerse a los más débiles, utilizando sus reflejos y sus sentidos para el ataque o la defensa, similar a como lo hace el tigre o el león. Jesús captó una sensación de este tipo al mirar al rostro del hombre de nariz aguileña. Estaba frente a uno de estos seres.

Qué hablar con estos hombres.¿Del tiempo?...¿De las papas?...¿Del patrón... del capataz ?

Esperó en silencio que ellos hablaran primero. El mapuche mudo. El de la nariz aguileña, prendió un cigarrillo que hizo con gran destreza, también, mudo. El otro, el de la nariz chata, con el cuchillo estaba cortando un pedazo de goma sobrante de sus hojotas. Al parecer esta gente es de pocas palabras. No hablaban ni hablaron hasta que se fueron con una leve levantada de manos como señal de despedida. Jesús no levantó su mano.

La extraña actitud asumida por esos trabajadores era normal para ellos. A primera vista calibraron al nuevo inquilino del fundo. Definitivamente éste no era uno de ellos. Era un hombre de ciudad, a no dudarlo, tienen que haber pensado. La apariencia de Jesús distaba mucho de ser un hombre campesino, a lo más un cesante de la ciudad tratando de sobrevivir, tienen que haber deducido los rudos hombres del campo.

Jesús estaba casi seguro que esos tres hombres no eran inquilinos del fundo, sino que limpiadores de canales, contratados solamente para hacer la periódica limpieza anual de los canales y evitar las anegaciones en las ya próximas lluvias. Este tipo de trabajo temporal es realizado por gentes aventureras, sin familia y domicilio fijo, que recorren los fundos ofreciendo sus servicios en los meses previos a la temporada de lluvias. Muchos de ellos son de malas costumbres, independientes y libres, bebedores y violentos, motivo por lo cual no soportan la atadura ni el régimen de trabajo dependiente. En cambio, el campesino inquilino es un hombre de familia, tranquilo y obediente, especialmente temeroso, no tanto de Dios, sus santos y sacerdotes, sino del patrón, del administrador del fundo y del capataz. Perduran, muchas veces, al amparo de un fundo durante generaciones, convirtiéndose, muchos de ellos y a pesar de todo, en eternos agradecidos y defensores del dueño del latifundio.

"Ustedes, siervos de Dios, mansos por mandato de Nuestro Señor Jesús Cristo y la Virgen Santísima, fieles obedientes de los mandamientos de Dios, Todo Poderoso, deben ser dignos de su protección y aceptar con humildad las pruebas que en la tierra Él les impone por el paso efímero de vuestras vidas por sus dominios. Resignarse, no codiciar, no caer en la tentación de desear opulencia propia de los herejes y enemigos de Dios, es el camino hacia la vida eterna y gloriosa que les espera en el Cielo..."

Y continuaba su sermón el curita italiano que tenía a cargo la Capilla, donada y construida dentro del predio hacía 200 años

por los ascendientes de los actuales herederos de los extensos territorios. Ahí, en esa Parroquia o Capilla, Jesús no sabía distinguir entre una u otra, se habían celebrado los casamientos, bautizos, primera comunión y todos los actos religiosos de los inquilinos del fundo durante esas dos centurias.

Sacerdotes de todas las nacionalidades habían sermoneado durante años en el púlpito desde donde ahora le llegaban al oído de Jesús las sagradas palabras del cura extranjero. Jesús, acompañado de su mujer embarazada, de su suegra y de los cuatro niños, todos vestidos con la mejor ropita que disponían, estaban casi obligado por su situación habitacional, de asistir a misa dominical cada domingo, tal como lo venían haciendo desde tiempo casi de las encomiendas y esclavitud, la descendencia campesina.

A la salida, Jesús divisó una pareja de carabineros de servicio montados en sus caballos, observando a la muchedumbre, campesinos y familiares, saliendo de la Parroquia cabizbajos y pensativos.

Jesús se sentía tranquilo. Estaba seguro que éste no era su mundo y que su actual situación y vivencia era circunstanciales. El jamás se adaptaría a una vida tan mínima, sedentaria, insoportablemente humillante y sumisa. Su meta era juntar algo de dinero para adquirir a crédito una tenida presentable y buscar un empleo en Santiago, de acuerdo a sus conocimientos. Era una aspiración normal y concordante con su condición. Y tenía que hacerlo, porque ahora tenía un hogar y una familia.

NOTA: Esta narración es parte de la historia de Jesús Tadeo, personaje del libro "Manifiesto Irreverente y otros relatos. Cuentos", del mismo autor, 532 páginas, autoedición, año 2005 Santiago de Chile, siendo esta muestra correspondiente al Capítulo V- 5.1 : "Jesús, el cesante".

La narración de las peripecias vividas por Jesús Tadeo abarca el periodo 1942 hasta el año 2000. Niñez, adolescencia, juventud, vida adulta y vejez de este señor de la dignidad humana está ficcionadamente relatada en el "Manifiesto Irreverente y otros relatos.Cuentos. Parte del libro se publica en el sitio web del autor: www.hugoeduardodiaz.cl". Además, en este sitio se editan los cuatro cuentos de su otro libro "La venganza de Don Francisco", : "La Cómplice", "Héroes sin nombres", "El usurpador ingenuo" y "La Venganza de don Francisco", nombre que sirve de título a este último libro. Atte.Hugo Eduardo Diaz .

Iquique, 26 de Mayo de 2012.